

La intervención de los profesionistas en los procesos de desarrollo rural¹

Dra. Gisela Landázuri Benítez*

La intervención para el desarrollo

La intervención para el desarrollo ha girado en torno a la consecución del cambio social. La orientación de las políticas del desarrollo ha resultado muy costosa, sobre todo porque éstas promueven cambios que penetran el mundo de vida de los actores rurales locales y alteran la cotidianidad individual y comunitaria, sin su anuencia ni participación consciente.

En la intervención para el desarrollo se requería crear un campo institucional para producir los discursos y ponerlos en circulación. En este campo se profesionalizaron, tanto la producción de formas de conocimiento como el despliegue de formas de poder, vinculadas unas con otras. Una enorme red de organizaciones y agencias, desde el nivel internacional hasta el local, han intervenido en la producción económica y cultural que, encubierta por esquemas de intervención institucional, promovía los comportamientos y racionalidades acordes con la perspectiva dominante del desarrollo (Escobar, 1995: 46).

¿Cómo se han ubicado los trabajadores del desarrollo en el proceso de construcción de alternativas de desarrollo rural?, ¿por quién hablan? A partir de una revisión histórica podemos identificar una correspondencia entre corrientes educativas, políticas públicas y los roles que han jugado los profesionistas en el medio rural. Los estudiantes adquieren recursos cognoscitivos, ideológicos y técnicos en función del lugar que se espera que ocupen en la construcción de nuevos procesos de desarrollo. En el siguiente apartado presento los antecedentes de este interjuego en México. Inspectores, extensionistas, promotores, asesores, los “inges”, los del gobierno, los de las listas, las de la despensa, las y los doctores, los de la universidad, los profesores, los licenciados, las y los de la ciudad son algunos de sus gafetes de identificación. Las identidades, los lugares asignados y asumidos

¹ Se retoman algunos apartados de Landázuri (2002) y reflexiones de los alumnos de la generación 2003-2005 de la Maestría en Desarrollo Rural de la UAM-X.

* Profesora- investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco. Posgrado en Desarrollo Rural giselalb@prodigy.net.mx, giselalb@correo.xoc.uam.mx

por los distintos actores varían. Las funciones, los objetivos e intereses se pueden asociar al tiempo y al espacio.

Si antes se pensaba que los agentes externos (profesionistas, asesores, promotores) debían dirigir, vigilar y fiscalizar las técnicas agrícolas, el uso de la tierra, la administración de los recursos o simplemente “llevar el conocimiento” (los proyectos, las tecnologías al agro) para que los sujetos se sumaran a ellos, actualmente sectores de técnicos y profesionistas se han sensibilizado a la exigencia de las organizaciones sociales o se han sumado al contradiscurso del desarrollo y se proponen ser congruentes con una propuesta que privilegie la acción de los actores rurales locales en la decisión y construcción de sus propias estrategias de desarrollo; de allí que, actualmente, definan su papel como el de *facilitador* o de *acompañante*. Los alumnos del Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (México) se inscriben dentro de esa corriente.

Tras un breve recorrido por los antecedentes históricos de la intervención de los profesionistas en los procesos de desarrollo rural abordo la reflexión actual sobre algunas perspectivas de la intervención, desde las preguntas que una y otra vez nos hacemos frente al reto de los procesos de desarrollo rural: *quiénes, cuál es el sentido y cómo*.

Antecedentes

¿Cuáles han sido algunas escenas históricas que entrelazan políticas públicas, funciones de los profesionistas e interacciones con actores del medio rural?

Los topógrafos fueron los primeros profesionistas contratados por los gobiernos posrevolucionarios para realizar labores de apoyo a la reforma. A partir de 1922, por disposición de la Comisión Nacional Agraria, se sumaron los “inspectores”. Su tarea de interventores en la organización colectiva de los ejidos, con derecho a vetar los acuerdos tomados en la Asamblea ejidal, inauguró una práctica paternalista, que hasta la fecha predomina en las relaciones entre actores externos y locales en el medio rural.

La decidida incursión de un Estado interventor que durante más de 50 años mantuvo su perfil paternalista de regulador, promotor e interlocutor de los campesinos, y la necesidad de organizadores y operadores de los programas y estrategias gubernamentales sostuvieron este estilo de relación.

En las experiencias de colectivización del ejido durante el cardenismo (1934-40), las funciones técnicas, administrativas y organizativas fueron centrales para el proyecto estatal.

Las experiencias de La Laguna y de Nueva Italia² nos permiten conocer el papel que jugaron los profesionistas empleados por el gobierno, los mecanismos mediante los cuales se fueron construyendo patrones o estereotipos de interacción con algunos grupos campesinos que fueron marcando las prácticas entre actores locales y externos:

- Se excluía o se limitaba la participación de los actores rurales locales, se pasaba por alto su experiencia, sus necesidades y su disponibilidad. Se les veía como productores, un número en la nómina o en la lista de deudores del banco, o como toneladas de producción. Su calidad y necesidades humanas no contaban, al grado que en Nueva Italia se “les olvidó” contemplar las zonas urbanas durante el reparto agrario.³
- La orientación de los programas obedecía a las estrategias de desarrollo nacional o internacional, más que a las prioridades locales o regionales.
- La formación de los profesionistas que tenían que operar los programas generalmente resultaba inadecuada para enfrentar los nuevos retos, por la rigidez y la lenta transformación de los planes de estudio.
- Los empleados públicos escudaban sus intereses, prejuicios e ignorancia manejando el poder de decisión que les confería su *status*.
- Las instituciones gubernamentales buscaron ejercer su control sobre la organización social a través de la administración del proceso productivo y de la complacencia de los líderes. La cooptación, la corrupción y las prebendas fueron algunos mecanismos mediante los cuales se tejió la trama.
- La afectación de intereses regionales, ya sea por la expropiación de la tierra o por el control de los mercados -laboral, dinero y comercio-, disparó ofensivas que buscaron sabotear los procesos o refuncionalizar las viejas relaciones.
- Al interior de las organizaciones se dio por igual el interjuego de poder entre quienes trataban de rescatar su experiencia, su historia, su independencia, y los que

² Ver Glantz (1974) y Rello (1986).

³ Esto sucedió también en los setentas en el Valle del Yaqui, dando origen en ambos casos a luchas de enormes consecuencias internas.

fueron aceptando los lazos de dependencia por seguridad, sumisión o lealtad a las instituciones.

- Los valores, afectos y en general emociones también se interpusieron en la mirada de unos y otros, y en las decisiones que se tomaron.

En fin, los “éxitos” y los “fracasos” fueron producto de una complicada red de coyunturas, circunstancias, vicios, y por la miopía de algunos actores. Pero sobre todo se quedaron grabadas las experiencias relacionales desde las cuales se simbolizarían, en las décadas posteriores, los vínculos, las prácticas, los prejuicios, los significados de las interacciones entre actores externos y locales.

Las siguientes décadas transcurrieron en la misma tónica, aunque con matices importantes, hasta que en los setenta la coyuntura, la crisis agrícola, la experiencia acumulada de los sujetos sociales y la visión crítica de algunas comunidades de educación superior marcaron una nueva etapa, en la que afloraron tanto rupturas como continuidades.

Los setenta, década de rupturas

En los primeros años de la década de los setenta, la política económica del Estado en la agricultura tenía entre sus objetivos iniciar un proceso de capitalización del campo, basado en el desarrollo del sector ejidal, que permitiera “corregir” el sacrificio sistemático de la agricultura, en particular de la economía campesina, y cubrir el déficit alimentario que caracterizaba a la crisis agrícola. Se canalizaron mayores créditos hacia el agro y se aumentaron los precios de garantía. Paralelamente, la lucha por la tierra se intensificaba. El discurso “agrarista” oficial limitado, en este caso del presidente en turno, Luis Echeverría, respondió a las demandas campesinas, aprovechando el impulso del movimiento social e imponiendo su plan de reestructuración agropecuaria, sobre la base de su particular interpretación de cómo salir de la crisis.⁴

Sin embargo, en esta ocasión los *herederos de Zapata*, junto con numerosos grupos rurales locales, urbanos, sindicales, osaron cuestionar al *padre* y desde muy diversos frentes de lucha se expandió una ola contestataria que reclamaba acceso a la tierra (rural y urbana), mejores precios para los productos agrícolas, mejores salarios y democracia. Numerosas

⁴ Curiosamente, al igual que el cardenismo, las expropiaciones de tierra que se realizaron implicaron una reestructuración de las relaciones de poder con ciertos sectores de la burguesía agraria.

organizaciones sociales proclamaron su independencia frente al Estado y a las organizaciones oficialistas tradicionales, tendencia que se fortalecería en los años 1980-1990.

Este cambio de conciencia, tan importante en los sujetos rurales locales, también propiciaría relaciones de nuevo tipo con las instituciones gubernamentales (económicas, sociales y políticas) y por consiguiente con los profesionistas.

- Se iniciaba así un largo aprendizaje en la construcción de la organización y en la toma de decisiones. Para los asesores, convertidos en dirigentes de las organizaciones sociales⁵, se trataba de un proceso de concientización que más bien consistió en la adopción de un discurso lleno de “clisés izquierdistas”.
- Algunas organizaciones contrataron y guiaron a los técnicos que tenían que sustentar las demandas campesinas frente a las diversas instancias gubernamentales.

Este nuevo tipo de experiencias sin duda marcó una importante ruptura con las tendencias y prácticas de las décadas anteriores. Sin embargo, lo que se enraizó y estructuró en las mentes y las relaciones que se construyeron durante tanto tiempo no se podía borrar de la noche a la mañana.

En los ochenta se generalizaron los procesos de lucha por la apropiación de los procesos productivos. Se pasó de la postura contestataria a la propositiva, del rechazo a la “negociación”, a la concertación. Las demandas agrarias resurgen por razones económicas, pero también por razones políticas y simbólicas. El Estado, por su cuenta, buscó recuperar y fortalecer la estructura simbólica y política tan necesarias para mantener el control sobre la sociedad, echando mano una vez más al recurso del discurso.

Si bien algunas formas de relación se reestructuraron, otras persistieron; y así se fueron conformando en el imaginario las representaciones y los significados de la relación de los actores con las instituciones y el poder público.

⁵ Algunos extensionistas que se salieron de los papeles prescritos por su contratante se convirtieron en líderes democráticos, populistas o autoritarios –según el caso– y contribuyeron a generar diversos procesos, desde los que incorporaron las necesidades reales de la población a los proyectos preestablecidos hasta los que desviaron los beneficios hacia intereses personales. Algunos intelectuales de izquierda se incorporaron también con diversos proyectos explícitos e implícitos: desde los que se propusieron “servir al pueblo”, concientizarlo, contribuir a la organización de sindicatos de jornaleros agrícolas ante la “inminente” proletarización del campesinado, hasta los que acabaron disputándole a sus interlocutores los espacios de decisión.

¿Cómo surgen el lenguaje y la cultura de intervención actuales?

En la lógica de la política neoliberal, en 1988, el nuevo régimen enfrentaba retos inaplazables, que se expresaban puntualmente en los distintos ámbitos de la vida nacional: en lo económico, consolidar las condiciones para la integración de México a la nueva dinámica del comercio mundial; continuar con la reestructuración económica en el marco de la propuesta neoliberal, que contempla la desaparición del papel redistribuidor del Estado y la privatización de la economía; enfrentar los saldos de las políticas de ajuste, que se tradujeron en peores condiciones de vida de la población. Estas modificaciones marcaban también la crisis del Estado benefactor, paternalista y corporativista.

En lo político, la necesaria reforma del Estado apuntaba también a una nueva relación sociedad-Estado, en la cual se redistribuyeran tareas, responsabilidades y compromisos entre la administración pública y la iniciativa privada individual y colectiva; la llamada corresponsabilidad, que pretendía “delegar” tareas a la sociedad civil, delineaba un nuevo perfil, con un discurso de concertación y de "participación democrática" de la sociedad.

Desde 1983 incluso el Banco Mundial ha hecho énfasis en la importancia de la participación de los grupos organizados. En su balance apunta que allí donde se ha propiciado dicha participación, los resultados han sido más “prometedores”. Reconoce además que este es un proceso complejo que implica consideraciones étnicas, culturales, sociales y políticas.

La orientación y el discurso tenían dos lecturas posibles: una que llamaba a la modernización de las relaciones, a la modernidad en todas sus expresiones, y otra que parecía incorporar las viejas demandas de las organizaciones independientes.

A estas directrices las acompañaron múltiples propuestas técnicas para “motivar” las prácticas participativas.

Un análisis reciente de un grupo de alumnos de la Maestría en Desarrollo Rural de la UAM-X (Calderón *et al*, 2005: 6) señala al respecto:

Ante el fracaso de los proyectos implementados en el ámbito rural que estaban lejos de mejorar las condiciones de vida de los beneficiarios surge la necesidad de motivar la participación.

“Dentro de algunos enfoques de las instituciones, se tendrá una visión diferente de la intervención tradicional, ahora serán las encargadas de promover la *participación endógena*, y por lo tanto, definir y aplicar los mecanismos para lograrlo, nuevos actores aparecen en escena a partir de los años ochenta: las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los líderes locales (Cornwall,2003; Alatorre, 2000)”. Motivados por las ONG emergen sujetos sociales que empiezan a cumplir un papel de líderes intelectuales locales y mediadores biculturales en los procesos organizativos. “A la par de la formación de estos actores en el ámbito interno de las comunidades, se crearon y fortalecieron nuevas organizaciones locales y regionales”.

Los grupos de profesionistas que están buscando nuevos caminos manifiestan su disposición a salirse de los papeles tradicionales que cumplían los “promotores del desarrollo”⁶, de interpretar mejor el acontecer rural⁷ o de participar activamente en la construcción de la historia.

No solamente se han modificado las relaciones formales que pueden ahora establecer muchos profesionistas, sino sobre todo el sentido de la intervención de los asesores externos. Las posiciones son múltiples: desde los activistas asociados a la vieja izquierda revolucionaria, hasta los vinculados a organismos humanitarios.

Los sentidos de la participación de los actores locales y de la intervención de los profesionistas

Quiénes

Los sentidos, el *para qué*, de la participación de los actores locales al igual que los de la intervención de los profesionistas están íntimamente ligados al: *quiénes*, quiénes son los actores insertos en una dinámica espacio temporal que los construye y que ellos transforman en una continua interacción con los *otros*.

Entramos al terreno de las culturas, de la identidades, de la historización, del mundo de vida, de la multiplicidad de lugares que puede ocupar cada actor, a la coexistencia de múltiples identidades en una localidad y al proceso dialéctico de transformación de dichas

⁶ La interacción, más consciente, se finca en la confianza, el respeto y la tolerancia, la creación de espacios de responsabilidades compartidas y en la comunicación. Sin embargo, esta relación no ha estado carente de conflictos ni de dependencias

⁷ Los equipos interdisciplinarios superan la lectura fragmentada de la realidad de décadas anteriores.

culturas e identidades. Los sentidos tienen que ver efectivamente con necesidades, pero también con sentidos de cambio, de luchas y de utopías, tanto de los actores locales como de los externos.

¿Para qué? Intervención y cambio social

A diferencia de los cambios inducidos o impuestos, las transformaciones sociales se buscan y se construyen a partir del principio de necesidad, que motiva el proceso de aprendizaje, y en cada caso tiene sus tiempos, sus ritmos y sus propias condiciones.

La estrategia de desarrollo rural dominante ha recurrido a tácticas que van desde la violencia física hasta la seducción, la transacción y el consentimiento para conseguir los cambios que se ha propuesto. Si bien esa táctica ha tenido mucho éxito, también es cierto que los pueblos han encontrado vías para resistir los efectos o las intenciones que la acompañan: el aniquilamiento de su cultura, con la misma efectividad con que han preservado su existencia durante más de 500 años. No debe ignorarse que también las respuestas al encuentro entre esas fuerzas modernizadoras y las que están en la base cultural de los pueblos, que no comparten esa visión del mundo occidental, han sido variadas: resistencia silenciosa, movilización política, participación activa, reelaboración de la propuesta y sumisión.

Las iniciativas –gubernamentales o no– pueden ser de interés en la medida en que respondan, complementen, potencien o faciliten las vías de la reproducción material y cultural de los actores locales. Este enfoque parte de la historia de las comunidades, de las identidades de sus miembros, de su mundo de vida, de sus relaciones intra y extracomunitarias y de sus prácticas cotidianas para poder comprender sus estrategias de desarrollo, sus problemáticas, necesidades y valores.

Sea mediante la actuación gubernamental, la asesoría de las organizaciones no gubernamentales o la contratación directa de técnicos y profesionistas para los proyectos comunitarios, éstas seguirán siendo puertas para la generación de cambios. El reto es, entonces, la direccionalidad que tomen dichas transformaciones en la construcción de lo local, y de las relaciones locales-globales.

Desde mi perspectiva se trata de que la propia gente conduzca un proceso de autotransformación. En términos de Manuel Rodríguez (1998) – ex alumno del posgrado–,

significa un proyecto libertario en el quehacer cotidiano desde la construcción de los sujetos sociales.

Si se propone una participación reflexiva, consultiva y que involucre a los actores locales desde el principio, se requiere una metodología participativa que además de que respete la cultura y la identidad de los sujetos tenga sus cimientos en una vocación democrática y liberalizadora.

¿Será posible transformar la mirada de los de afuera y de los actores locales, de una “comunidad receptora” vista desde una perspectiva carencial, a la de sujetos que reconocen sus potencialidades internas, sus fortalezas y recursos que pueden y deben ser movilizados en función de su propio desarrollo?

¿Cómo?

He mencionado que los cambios requieren dos cosas: una motivación, que puede ser una necesidad material o una visión de un futuro diferente, y un aprendizaje.

Si aceptamos que el *cómo* tiene un fuerte anclaje con los procesos de aprendizaje y las prácticas participativas para la autotransformación, la tarea entonces no sería solamente resolver problemas concretos, en el marco de la realidad de comunidades locales, sino “aprender de forma transformativa, permitiendo que los individuos ...(asuman) otras perspectivas sobre sus realidades” (Guivant, J., 2004:1).

Más allá de las tareas profesionales que los técnicos y profesionistas aportan desde sus distintas especialidades, su contribución estará en facilitar el aprendizaje que enriquecerá los procesos de transformación, conducidos por las decisiones comunitarias.

Las ONG siguen ensayando como salirse de aprendizajes adquiridos por décadas. Hay que aceptar que construimos desde lo conocido y que modificarlo pasa por muchas voluntades, creatividad y renunciar a mantener el control.

Long y Villarreal (1993: 18) alertan a que en los “nuevos estilos” de profesionalismo no se siga reproduciendo la imagen “de los 'externos' como 'más conocedores y poderosos' quienes 'ayudan' a la gente 'menos entendida y desposeída de poder’”.

Al igual que el principio de necesidad, la motivación es también un motor en la activación y apropiación de la realidad. Se trata de un proceso de aprendizaje que se

cimiento sobre lo que ya se es, sobre los conocimientos que se tienen, las experiencias anteriores, las prácticas cotidianas, la organización del tiempo y espacio, el uso de los recursos, su historia, etc. y también sobre, la realidad que se quiere transformar y el horizonte que se anhela construir.

Qué aprendizaje y cómo adquirirlo son los retos que presenta el tema que nos ocupa: intervención – participación.

Alumnos del posgrado (Calderón *et al*, 2005: 3) señalan un aspecto:

“Se hace necesario resaltar la disponibilidad a desarrollar capacidades y habilidades de los sujetos sociales, lo cual les permitirá ir avanzando en la construcción de su proceso de autogestión, además de contar con herramientas para enfrentar la dinámica que les marca la modernización-mundialización. Y es en este sentido que la organización juega un papel importante, lo cual implica plantearse lógicas acordes al contexto histórico, la realidad y el entorno físico de las comunidades”.

Sin embargo, tanto la disponibilidad, la motivación, la participación, el aprendizaje, algunos hablan de empoderamiento y autoestima como elementos necesarios para la autogestión, todos ellos son vectores del ámbito psicológico individual y social.

En Cuba hay diversas experiencias de trabajo que están construyendo nuevas respuestas al *cómo*. Más allá de los aspectos culturales eje del *trabajo sociocultural comunitario* hay una preocupación en la formación y capacitación desde la base para la gestión de proyectos, en la comprensión de los marcos jurídicos y políticos, para poder negociar las propuestas locales con mejores armas. Pero también se están atendiendo los procesos internos: las dinámicas grupales –en las que los conflictos se erigen como obstáculos en las tomas de decisiones-, el desarrollo de la creatividad para que las iniciativas surjan desde las bases, las metodologías de aprendizaje que actualizan las experiencias freirianas de educación popular, y las prácticas y espacios para la toma de decisiones por consenso.

Si estas son las exigencias actuales de la intervención-participación las funciones de los profesionistas se multiplican, pues asesorar, acompañar, facilitar procesos requiere nuevas habilidades. Armarse más con recursos didácticos y psicosociales, más allá de sus propias especialidades y seguir consolidando equipos interdisciplinarios que a su vez

aprendan a manejar sus propias dinámicas de trabajo, de toma de decisiones y de relación y comunicación con los *otros*.

En palabras de los alumnos de la MDR (Calderón *et al*, 2005: 20): “Se plantea un desarrollo rural desde la comunidad de manera horizontal, lo que permitirá valorar los proyectos cualitativa y cuantitativamente, atravesados por el afecto, y otras experiencias significativas como la ternura y el amor⁸. ...Sin embargo, como sugiere González (2002)⁹ se trata de reconocer un aspecto básico, la necesidad en estos procesos de desarrollo, de llevar a cabo una reflexión crítica tanto del equipo coordinador como desde la misma comunidad, en este sentido tanto el conocimiento como el afecto son parte de las estrategias de desarrollo. Desde esta dimensión subjetiva, se presenta el reto de la retroalimentación en una doble vía, al tomar conciencia del análisis de los resultados así como de las diferencias que se expresan en cada proyecto de desarrollo. Este planteamiento pone a prueba las habilidades concernientes a los elementos humanos y socioculturales y el contenido de los enfoques teóricos y técnicos”.

Majid Rahnema (1996) agrega otro elemento: tomar conciencia desde la dimensión interior y en la propia práctica organizativa y participativa de cómo se confrontan las relaciones de poder. Este escenario plantea como reto otro tipo de *empoderamiento* en las relaciones de dirigentes locales, de género, familia y principalmente de la niñez.

Dentro de esta perspectiva, proponer “un fortalecimiento de las capacidades de apropiación, involucra procesos de aprendizaje desde una perspectiva pedagógica popular autogestiva entre los sujetos sociales y los profesionistas. Es a partir de un trabajo de libertad interior que incida en la colonización mental, de esta manera se plantea una horizontalidad en la construcción dialógica de la participación en el desarrollo rural” (Calderón *et al*, 2005: 24).

Nuevos caminos para los profesionistas en los procesos de desarrollo rural¹⁰

Las transformaciones que han sufrido la vida social nacional y rural en los últimos años han venido a cuestionar las funciones que deben desempeñar dichos trabajadores del

⁸ El amor es un asunto más ético y humano que tiene que ver con valores, como la reciprocidad, el compromiso, es decir, con un cambio de actitudes en las formas de participación e intervención social.

⁹ Colombiana, ex-alumna del posgrado

¹⁰ Se retoman algunos apartados de Landázuri (2002)

desarrollo rural, el sentido de su presencia y los estilos de interacción e intervención en los procesos de desarrollo.

“En las propuestas de desarrollo rural, se puede identificar un debate acerca de la historicidad de las prácticas concernientes en las formas de promover el sentido de orientación y la direccionalidad de la participación social. De esta manera, la intervención también es uno de los puntos de reflexión, ambas concepciones, participación e intervención en la actualidad siguen en construcción, con una perspectiva epistemológica y principalmente desde la concepción del mundo, de la auto-comprensión de las experiencias vividas entre los sujetos sociales y los profesionistas.

Las experiencias acerca del papel de los sujetos sociales y de los profesionistas, entorno a la necesidad de reconocer los contenidos de la participación y de la intervención en los procesos de desarrollo rural, muestran los cambios que se han llevado a cabo entre la participación-incorporación que origina dependencias y paternalismos y la participación activa o consciente, que en algunas organizaciones indígenas y campesinas se orientan en términos de la autonomía y autoderminación, así como en iniciativas que buscan la autogestión.

De esta manera en los procesos de participación, hay indicadores que demuestran cómo se ven a sí mismos cada uno de los actores sociales, por una parte, en términos institucionales, de profesionistas que legitiman la participación y la intervención desde una concepción hegemónica del desarrollo o bien, desde una posición crítica y abierta al diálogo intercultural, congruente con las propuestas de transformación social. Por otra parte, cómo se identifican así mismos los sujetos, como organizaciones que aprenden y se apropian de su propio desarrollo, en gran parte desde una educación popular, o como beneficiarios que participan de forma incorporada las ideologías y proyectos de las instituciones” (Calderón *et al*, 2005: 24).

Desde hace una década los alumnos de la Maestría en Desarrollo Rural de la UAM-X (MDR) hablan de ser “acompañantes” de los procesos, de la “construcción conjunta” con los actores rurales locales, de definir compromisos. Retomar la función de acompañantes o "facilitadores" no es una propuesta nueva; ha sido promovida desde la metodología de Paulo Freire e impulsada fuertemente en las Comunidades Eclesiales de Base. Es la tendencia actual que se propone insistentemente desde muchas ONG y desde los estudios

del desarrollo participativo –como los de Chambers (1997, 1998). Sin embargo, adquiere nuevos sentidos frente a las nuevas dimensiones de la participación local. Las relaciones de poder también han cambiado.

Los sentidos que atribuyen los profesionistas a sus tareas y relaciones con los otros actores del desarrollo se ubican en el terreno político y ético, de acuerdo con sus vocaciones y sus propias visiones de futuro.

El reto para los profesionistas dispuestos a salirse de las inercias, vicios y estilos heredados y reproducidos durante décadas por generaciones es el de desestructurar la propia mirada. En ese ámbito, las sugerencias que se derivan de este trabajo son comenzar por anteponer la autocomprensión a los juicios y abrirse a nuevas valoraciones del conocimiento del otro.

Los espacios de formación y capacitación también tendrán que ir respondiendo a los retos prácticos actuales. Así, los nuevos perfiles profesionales deben partir del reconocimiento de relaciones horizontales en las que se acepta y legitima la negociación de los proyectos de desarrollo.

Se puede aspirar a una colaboración entre actores rurales locales y asesores, sin caer en procesos disfrazados, una construcción conjunta en la cual todas las partes están convencidas, en disposición y compromiso de realizar un proyecto y, mejor aún, motivadas. En todo caso se trata de observar y respetar, permitir un intercambio de visiones que apoye el enriquecimiento mutuo. Partir del autoconocimiento y del reconocimiento del *otro* abre una primera puerta de comunicación real.

Ahora bien, no todo depende de la comunicación profesionistas-actores rurales locales. Existen aspectos organizativos, de dinámicas grupales que requieren ser trabajados en lo particular, pues los grupos no son homogéneos; en todo caso son también un reflejo de la sociedad a la que pertenecen.

La dinámica grupal debería ser cuidada permanentemente, ya que el éxito de una actividad está íntimamente relacionado con la construcción en grupo y del grupo. Tampoco hay que pasar por alto que la desestructuración de los grupos sociales y en particular de los pueblos indios ha minado la capacidad de respuesta –construcción organizada alternativa (Mejía, 1987). Incluso varias luchas han estado más en la lógica de la adaptación (Bartra, 1982) que en la del cuestionamiento de las estructuras económicas y de las relaciones de

poder. Los valores de la sociedad dominante, las exigencias del mercado, la simple necesidad de sobrevivencia han conducido a dinámicas locales que limitan la visualización de alternativas o a la migración y han generado nuevos conflictos en torno a esos procesos.

Pero en la medida en que los diferentes actores en el medio rural *se reconstruyan y se erijan* como sujetos sociales con proyectos coherentes consigo mismos, con sus visiones y percepciones; será factible la combinación de las estrategias de sobrevivencia a corto y a largo plazos sin que sean subordinantes. Los "objetos del desarrollo" tomarán así su papel de sujetos. La transformación, si es que la requieren o deciden alguna, será más suya en la medida que la realicen de manera consciente y le impriman su propia direccionalidad y su ritmo.

Si la intención en la intervención es favorecer realmente la construcción conjunta y respetuosa con sus interlocutores, sería deseable considerar programas e instrumentos, espacios de formación y capacitación para la acción que apoyen las potencialidades de los actores rurales locales y no las combatan o aniquilen, como ha sucedido. Las instituciones académicas pueden contribuir en esta línea a partir de la formación de los futuros técnicos y profesionistas, y retroalimentar con las investigaciones que emprenden, a las instituciones vinculadas a programas de desarrollo, así como cuestionar el sentido de las políticas públicas.

Bibliografía

Alatorre, G. (2000) *La construcción de una cultura gerencial democrática en las empresas forestales comunitarias*, México, Casa Juan Pablos.

Bartra, A. (1982) *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Macehual

Calderón, E., López, M., Obregón, E., Ortiz, T., Ramírez, O., Rendón, J., Sandre, I. (2005) *Caminos recorridos y por recorrer. Utopía para la participación e intervención en desarrollo rural*, Ensayo modular, PDR, UAM-X, México.

Cornwall, A. (2003) *Creando espacios, cambiando lugares: la ubicación de la participación en el desarrollo*, Cuaderno de Investigación no. 1, IDS/IISUNAM/UAM-X, México, julio del 2003.

Chambers, R. (1997) *Whose Reality Counts? Putting the Last first*, Londres, Intermediate Technology Publications.

Chambers, R. (1998) *Challenging the Professions. Frontiers of Rural Development*, Londres, Intermediate Technology Publications.

- Escobar, A. (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, New Jersey, Princeton University Press.
- Fabelo, R. (1999) "Dimensión cultural en los proyectos de desarrollo comunitario", en *Cultura y comunidad en el escenario cubano. Análisis de Coyuntura*, Núm. 3, La Habana, abril 1999, pp. 4-14.
- Glantz S. (1974) *El ejido colectivo de Nueva Italia*, México, Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- González, M. E. (2002) *Madurando, recorriendo, asumiendo un camino. El afecto como base el desarrollo rural. Una experiencia en Colombia*, Tesis de Maestría en Desarrollo Rural, UAM-X, México.
- Guivant, J., (2004) *Curso Métodos participativos en el desarrollo rural sustentable*, REDCAPA, Aula 12, Brasil.
- Landázuri, G. (2002) *Encuentros y desencuentros en Cuentepec, Morelos*, UAM-X, UAEM, México.
- Lazos, E. y Paré, L. (2000) *Miradas indígenas sobre una naturaleza entristecida*, IISUNAM, México, Plaza y Valdés.
- Linares, C. et. al. (1996) *La participación: ¿solución o problema?*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinillo, Cuba.
- Martínez, A. (s/f) *Técnicas y metodología para el trabajo comunitario. Aspectos teóricos y conceptuales*, mimeo.
- Lazos, E. y Paré, L. (2003) *Escuela rural y organización comunitaria: instituciones locales para el desarrollo y el manejo ambiental*, México, UNAM.
- Long N. y Villarreal M. (1993) "Las interfases del desarrollo: de la transferencia de conocimiento a la transformación de significados", publicado en: Schuurman, F.J. (1993) *Beyond the Impasse: New Directions in Development Theory*, Londres, Zed Press. (traducción de Magdalena Villarreal), mimeografiado.
- Mejía, Ma. C. y Sarmiento, S. (1987) *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo Veintiuno-Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rahnema, M. (1996) "Participación", en Sachs, W. (ed.), *diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Perú, PRATEC.
- Rello F. (1986) *Estado y ejidos en México: el caso del crédito rural en La Laguna*, Ginebra, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Rural.
- Rodríguez, M. (1998) *Pedagogía de la autogestión. Conservación sobre un proceso de aprendizaje social*. Tesis de maestría en Desarrollo Rural, UAM-X, México.